

CENTROAMERICANA

16

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2009



CENTROAMERICANA

Direttore: Dante Liano

Segreteria: Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

Sito internet: <http://www.unicatt.it/librario/centroamericana/>

© 2009 EDUCatt

Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica

Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.72342235 - fax 02.80.53.215

e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)

web: www.unicatt.it/librario

ISBN: 978-88-8311-689-6

ISSN: 2035-1496

ADIÓS MUCHACHOS

MÉNDEZ VIDES

Imagínense la ciudad de León, ¡jodido!, que bien se podría describir como parecida a mi Antigua de los volcanes pero en llamas, una tarde de verano a mediados del Siglo XX: el clima cálido, las calles vacías, el sopor. Un sujeto anodino, común y corriente camina hacia la Catedral; entra, se dirige hacia el monumento de Rubén Darío, observa con respeto las garras del león vigilante sobre la tumba del bardo, junto al altar mayor, y se santigua. Tal vez fue en ese preciso momento cuando se le ocurrió poner remedio a la iniquidad, y sólo hay una manera de cambiar el curso de la Historia: detener al tirano y sus atropellos vía el magnicidio. Alguien debe hacerlo, inmolándose. Está decidido, sacrificará el posible destino de poeta, periodista y teatrista. Se llama, digamos, Rigoberto López Pérez. Un personaje real y ficticio al mismo tiempo. Sabemos que vive en una casa sencilla, con su madre, mujer que atiende la pulpería o, como le decimos los chapines, una tienda de barrio. Se marcha a El Salvador, se entrena, confabula y está dispuesto. Llega preparado en un barco llamado “La Salvadorita”, con el revólver listo. El 21 de septiembre de 1956 escribe una carta a su madre despidiéndose y explicando los motivos. “Trato de ser yo, le dice, el que inicie el fin de la tiranía”, “lo mío no ha sido un sacrificio sino un deber que espero haber cumplido”, “el deber que se cumple con la Patria es la mayor satisfacción que debe llevarse un hombre”. Ese día es la proclamación de un nuevo período presidencial de Anastasio Somoza García; durante la fiesta, se le aproxima Rigoberto y lo mata a quemarropa. Al instante es ajusticiado como perro con rabia.

El magnicidio desata la persecución y el castigo. El asesinato del primer Somoza no bastó. A pesar del sacrificio, un Somoza sigue en el poder, continúa la dinastía. Le corresponde primero a Luís el bueno, más tarde ocupará su lugar Tacho el malo, tan fiero y ambicioso como el padre. En la tumba Rigoberto se revuelve. ¿Quién terminará la tarea?

En la segunda parte de este argumento de novela, nos ubicamos tres años más tarde de nuevo en León, en el paraninfo de la Universidad, cuando los estudiantes inician una manifestación y son masacrados por la Guardia Nacional. Un joven estudiante de derecho, escritor en ciernes, acude a la demostración. Se llama, por ejemplo, Sergio Ramírez. Le apasiona la literatura tanto como lo atrae el deber con la Patria. El ejemplo de Rigoberto López Pérez lo entusiasma. Digamos que desde la tumba el mártir le envía un mensaje.

Años más tarde, Ramírez se encuentra en Berlín iniciando su vida de escritor, el ansiado sueño de la literatura empieza a convertirse en realidad. Le han planteado la posibilidad de un puesto en París escribiendo guiones para el cine. Afuera está nevando y en la televisión observa escenas de la Nicaragua revuelta. Es, sin saberlo, Rigoberto llamándolo a escoger entre la literatura y el deber patriótico, decisión que él tuvo que tomar en vida, cuando le correspondió. Está decidido, Ramírez deja todo y regresa al Istmo.

Desde Costa Rica se embarca en la gran aventura de las catacumbas. La meta era cambiar la historia, derrocar a Somoza y acabar con la dinastía. El sacrificio es la consigna, la muerte un precio que hay que estar dispuesto a pagar. Conspira y vive por temporadas en Nicaragua habitando escondido en casas de amigos y refugios, integrado al mando de la Revolución Sandinista. Es testigo de una época gloriosa. El 19 de julio de 1979, 23 años después del sacrificio de Rigoberto López Pérez, la Junta de Gobierno de la Revolución ingresa triunfante a Managua. Se ha terminado con los Somoza. El sueño patriótico se ha cumplido. Rigoberto López Pérez ya puede descansar en paz. Se da la vuelta en la tumba sombría y empieza el sueño de los justos. FIN.

De terminar aquí el argumento, correspondería al de una novela de final feliz, una epopeya romántica. Pero la realidad tiene mil caras, y en los últimos años del Siglo XX todo se trucó. El fin de la utopía ha revuelto los sueños, la realidad y la condición humana se oponen como siempre al final feliz de la ficción y los cambios sociales. El Quijote regresa al hogar y debe aceptar su condición frágil y mortal, de caballero andante que vivió loco y morirá cuerdo.

La primera parte de este argumento corresponde en buena medida al de la novela de Sergio Ramírez, *Margarita, está linda la mar*¹. El resto, a una parte del libro de memorias *Adiós Muchachos*². Los dos libros se complementan, ambos escarban en la memoria. En *Margarita...* priva el recuerdo de la época de infancia y adolescencia del autor, lo externo, los olores, el paisaje, la arquitectura, la moda, todo lo que impresionó su sensibilidad de niño, y el protagonista, Rigoberto, se constituye en su Alter Ego. Es novela y al mismo tiempo un libro de pre-memorias, un anticipo, la prehistoria de *Adiós muchachos*, una memoria de la Revolución Sandinista. Después de leer los dos libros, se siente como si *Adiós muchachos* fuera una continuación o una variación posible de la historia. Sergio Ramírez encarna a Rigoberto López Pérez, y vela porque su sacrificio haya valido la pena, al dejar constancia de su sacrificio. Su inmolación particular representa la de millares de nicaragüenses anónimos que entregaron la vida en la lucha por la dignidad. Hombres que murieron entregados a una causa noble, empeñados en la causa del bien común.

En *Adiós muchachos* el relato no se limita, como podría pensarse, a contar o enumerar los hechos acaecidos durante el período de la Revolución sandinista, desde el punto de vista particular del autor, sino atisba en lo más íntimo y personal de la experiencia colectiva, le confiere vida a los acontecimientos por lo que la lectura resulta conmovedora. Es un libro de memorias que se lee como novela, por lo fluido de la narración, lo intenso del relato y la confesión de parte.

En nuestra lengua son escasos los libros de memorias, y generalmente sus autores sufren de amnesia o aplican la autocensura. En otras culturas se cultiva la tradición de contar sus vidas mostrando abiertamente al público toda su intimidad, en español nos resistimos. La costumbre de vivir en casas amuralladas, el sentido de lo privado, el celo por los secretos familiares que nos queremos llevar con nosotros a la tumba. En *Adiós muchachos* el autor

¹ Alfaguara, Madrid 1998.

² S. RAMÍREZ, *Adiós Muchachos (Memoria de la revolución sandinista)*, El País/Aguilar, Madrid/México 1999.

testimonia con profundidad lo que significó su participación en la Revolución Sandinista, nos muestra las medallas y sus llagas.

A lo largo del texto Ramírez plantea que la Insurrección nicaragüense triunfó, porque fue creciendo como un río de gran caudal, alimentado por infinidad de pequeños afluentes. Miles de Rigobertos se convirtieron en mártires que abonaron el proceso. Juntos marcharon como nunca marxistas, empresarios, cristianos y voluntarios internacionalistas. La ayuda provino de todas partes. Presidentes como Carlos Andrés Pérez, López Portillo, Fidel Castro, Omar Torrijos, Rodrigo Carazo y hasta Carter, apoyaron de una u otra manera a los alzados. Todos unidos con el mismo afán, derrocar al dictador Somoza. El triunfo inyectó fe al mundo, porque “sí se pudo”, frase últimamente demagógica y trillada, mero instrumento publicitario desgastado hasta en la corte del Imperio del norte.

Una vez que se alcanzó la meta, empezó la lucha por el poder con sus reglas milenarias y el curso pragmático del poder y la usurpación de los corruptos. El destino previsto no convenía a todas las partes. Los intereses los separaron. Los afluentes empezaron a retirarse, reduciendo el caudal del río, debilitando el vigor de un pueblo que unido lo podía lograr todo. En sólo diez años se extinguió el laboratorio de la Nueva Nicaragua. A los guatemaltecos nos ocurrió lo mismo en la Década de la Primavera. Pareciera que en Centroamérica las revoluciones no pueden durar más de 10 años.

El libro rememora esos diez años de sueños, grandes proyectos, grandes posibilidades y la entrega pacífica final. Un tono triunfal, reemplazado por la nostalgia. Pero para que la lectura no sea difícil ni desesperanzadora, el autor intercala con la experiencia fallida, la memoria del tiempo aguerrido. Hace también uso del humor irónico, como por ejemplo cuando recuerda a los dos muchachos en la clandestinidad que iban comiendo naranjas a lo largo de la carrilera: “—Si la guardia apareciera ahora y nos matara —dijo uno—, cuando nos hagan la autopsia dirán: ‘Estos iban comiendo naranjas’”. O el de la dos solteronas burguesas, que desde el balcón del segundo piso observaban pasar la manifestación triunfante, que repetía el clásico “abajo la burguesía”. Una le dice entonces a la otra “—Bajemos porque nos están llamando”. O ejemplifica la terrible condición de los mineros explotados, a quienes se

despedía cuando quedaban incapacitados para el trabajo, según demuestran las boletas al final del expediente: “Causa del despido: muerte del trabajador”.

En las catacumbas

El testimonio de Ramírez implica que vivir la experiencia de la revolución valió la pena, porque exalta la condición humana. Al autor le tocó vivir el tiempo de los grandes ideales, de las grandes causas, cuando los jóvenes estaban dispuestos al sacrificio individual último, por el bien común. Por encima de la persecución de los bienes materiales, se daba preeminencia al sacrificio personal. El proceso estuvo lleno de mártires que fundaron un nuevo santoral y a quienes durante la década de la Revolución se les rindió culto, calles y plazas adoptaron sus nombres para que no olvidara el pueblo su entrega, aunque hoy día estén borrados o ya nadie recuerde el nombre ni como referencia de un cruce o una venta particular.

Durante la lucha clandestina, dice el autor que: “Había que vivir como los santos”, “la renuncia total no sólo a la familia, a los estudios, a los noviazgos, sino a todos los bienes materiales y a la ambición misma de tenerlos”, “conductas puras y sacrificios”, “decididos a dar la vida por esa causa”, “la muerte como un procedimiento, una tarea a cumplir”.

El libro reúne momentos extraordinarios que ejemplificaron la disposición de los combatientes a la inmolación, hombres y mujeres que dejaron hijos huérfanos y familias rotas. Como el caso del grupo de jóvenes estudiantes atrapados en una casa de seguridad, que enfrentaron a tiros a la Guardia Nacional: “los llamaron desde un megáfono a rendirse, y la voz de Leonel respondió con un grito que se volvería legendario: ¡Que se rinda tu madre!”. Minutos después las cámaras de televisión captaron el momento cuando los cuerpos sin vida de los jóvenes estudiantes eran arrastrados fuera de los escombros.

El autor nos cuenta que: “La revolución sandinista fue la culminación de una época de rebeldías y el triunfo de un cúmulo de creencias y sentimientos compartidos por una generación que abominó el imperialismo y tuvo fe en el socialismo y en los movimientos de liberación nacional”.

Para los guatemaltecos el libro nos aporta planteamientos importantes. Entre líneas se comprende que el triunfo de la Revolución sandinista, se adelantó a la fallida nuestra. Por un lado ciudadanos como Manuel Colom Argueta hacía donativos personales para ayudar a la guerrilla nicaragüense y por el otro lado, el gobierno de Lucas García enviaba armas y soporte a Somoza. Fue un avión de Guatemala el que llegó a rescatar a Urcuyo. Lo sucedido en Nicaragua alertó a los militares, por lo que se agudizó la lucha contrainsurgente, la represión desahogada como reacción temerosa, para que la Revolución guatemalteca no pudiera prosperar.

En el poder

Los sandinistas iniciaron con entusiasmo la tarea revolucionaria. Los miles de mártires demandaban el cumplimiento del gran plan, no era suficiente el derrocamiento de Somoza. Se trataba entonces de transformar la sociedad. La forja del hombre nuevo. El país se convirtió en un laboratorio para socialistas, teólogos de la liberación, soñadores.

Empieza la Cruzada Nacional de Alfabetización, se incrementa los salarios mínimos, se reduce la jornada laboral, bajan los alquileres, se implanta el programa de la Reforma Agraria, se confisca y expropia empresas y latifundios, se instituye la Ley de los ausentes, para confiscar los bienes de quienes se marchan por más de seis meses del país.

Estas decisiones dividen a un pueblo que había luchado unido contra el tirano. El apoyo que había surgido espontáneo, se voltea contra sus dirigentes. Algunos de los amigos de antaño, que ayudaron a los revolucionarios, que dieron refugio al mismo Ramírez, terminan en la cárcel o en el exilio.

Nicaragua empieza a ayudar con armas a la guerrilla salvadoreña, lo que le trae problemas con el Imperio. Carter pierde la reelección y Reagan llega decidido a cortar el sueño.

Antiguos integrantes de la junta de gobierno, como Robelo, dirigen desde el exterior la campaña en contra del proceso revolucionario. El Comandante Cero, héroe nacional, se alza en armas con la Contra.

La sangre empieza de nuevo a manchar el suelo nica. Se había invocado la esperada contrarrevolución: no hay revolución sin contrarrevolución.

Funciona el Servicio Militar obligatorio. Los jóvenes y sus padres se resisten, el luto ya no es admirable. Los cadáveres de jóvenes defendiendo la revolución, empiezan a minar la moral del pueblo.

Ramírez cuenta en un relato conmovedor, cuando ve marchar a su hijo al frente de guerra, fingiendo la sonrisa ante las cámaras de los medios, el sufrimiento diario que no puede remediar, porque hay que dar el ejemplo. Teme por la vida del hijo. La madre cruza territorios inhóspitos con otras mujeres para poder ir a ver a los suyos aunque sea un instante. “Era la hora no sólo de luchar por los demás, sino de vivir como vivían los demás”. El sacrificio de los estudios, el sacrificio de la familia, el tiempo que no pudo darles.

Están en guerra, quieren defender la oportunidad de realizar el gran sueño y deberán enfrentar la terrible circunstancia del embargo norteamericano. El gasto público se orienta a la defensa. Se construye un inmenso aeropuerto para aviones que nunca llegan con el cemento que hubiera bastado para construir una carretera hasta Puerto Cabezas. Se envía a entrenar pilotos que luego regresan a manejar taxis.

La economía se empieza a desplomar. Deben emitir billetes sin respaldo, hasta cuando Nicaragua alcanza la tasa de inflación más alta del mundo.

En la producción se vuelve a cometer los mismos errores idealistas que se achacaron al Che en Cuba. No se logra alcanzar niveles productivos.

La Perestroika termina con el apoyo soviético, se insta a la Revolución a buscar una salida negociada con los Estados Unidos.

Durante los años en el poder todo cambió, después de un período de gran empuje y logros, el sueño se empezó a descalabrar. El autor rememora con nostalgia “la música de Carlos Mejía Godoy que escucho con tristeza opresiva, con sentimiento de algo que busqué y no logré encontrar”.

La caída

Mientras ocurre el descalabro, la ética revolucionaria se empieza a corromper. Los líderes sandinistas viven en grandes fortalezas, como antes lo hicieron los somocistas. Se instituyen las tiendas diplomáticas. Los privilegios desacreditan los valores revolucionarios.

Ramírez descubre que en los municipios hay atropellos y abusos. Se trata de explotador a todo aquel que tiene en las áreas rurales un camión, una vaca o una tienda. Hay torturas y ejecuciones, que obligan a enjuiciar y encarcelar a líderes sandinistas, antiguos correligionarios.

Reflexiona Ramírez que “La revolución entendió el mundo campesino desde la lucha, pero no desde el poder”, observa que al campesino “le proponíamos el viaje incomprensible de lo primitivo a lo moderno, pero él se negaba y había tomado un arma para oponerse”.

El Imperio del Norte aprovechó la división y sembró la confusión. Goliath aplastó a David. Cansado el pueblo, empobrecido, desgastado por tantas muertes, que ya no son percibidas como heroicas, confundidos por la desinformación, optan por el derecho a la paz en las urnas. El sueño se acaba con la rendición.

Antes de la entrega del poder se sucede la rapiña de la “piñata”, lo que institucionaliza la corrupción y envilece a antiguos idealistas. A partir de ese momento son otros los intereses que privan. Nuestro protagonista, que trabajó como segundo en el mando durante el gobierno de la Revolución, trata en los años siguientes de detener el proceso de descomposición del partido, pero termina defenestrado, incorporado a la lista de los villanos. El ajuste de cuentas alcanza hasta a su familia. La experiencia es negra.

En la actualidad “Más de la mitad de las fincas están ya otra vez en poder de sus antiguos dueños, y las cooperativas de producción agrícola tiene ahora solamente el 2% de la tierra arable”. Sobre los revolucionarios comenta que “Unos habían dirigido al pueblo tras las barricadas para convertirse luego en magnates fabricantes de vino, y otros, que antes eran toneleros, ahora se habían vuelto dueños de bosques maderables y tierras labrantías”. Sobre la producción “toda la inversión de los años de la revolución repartida a los mismos de antes, y a otros iguales en voracidad a los de antes”.

Pero a pesar de todos los desencantos, el mensaje es que la Revolución valió la pena. Un proverbio japonés reza que dichoso el hombre a quien le haya tocado vivir un tiempo de grandes acontecimientos, y Ramírez nos reitera en el libro que de “haber nacido un tanto antes o un tanto después en este siglo de las quimeras, me la hubiera perdido”. Rigoberto López Pérez descansa en paz, aunque su nombre junto al de los mártires de la revolución, estén siendo causa

de monumentos que se construyen y derriban. Algunos de esos nombres sólo subsisten gracias a la Literatura.

El gran sueño de la Revolución se extinguió, y Ramírez lo cuenta con nostalgia y lamento, escrita su historia mucho antes de que un pueblo cansado de la incapacidad de los gobiernos para actuar, decidió darle nuevamente el poder a Daniel Ortega, el Presidente en los tiempos de la Revolución, que se está encargando de derribar por completo la imagen soñadora de una época de sacrificio y entrega para hacer que reinen los intereses y el disfrute del poder a lo Somoza, esa vieja práctica que se le pega a quienes no tienen remedio como las gallinas que picaron huevo. En la actualidad, el líder sandinista persigue a sus compañeros de los viejos tiempos, entre ellos a Ramírez, al poeta Ernesto Cardenal, y a tantos otros compañeros de armas que se opusieron a sus ambiciones. Pero ya nadie se opone, porque el mal sabor en la boca aún existe en la boca de los adultos, y porque los jóvenes no saben nada, creerán que el libro *Adiós muchachos* de Ramírez es otra de sus novelas. Pura ficción, de un tiempo imposible que no pudo ser.

Adiós muchachos es un libro de memorias donde se narra la historia revolucionaria de Nicaragua conteniendo las lágrimas. La experiencia de un escritor que se metió a la aventura de cambiar el mundo, que se jugó la vida en la empresa y que luego de tanto sacrificio observa desesperanzado como se hunde el barco.

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.2235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@unicatt.it (produzione); librario.dsu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-689-6

ISSN: 2035-1496

€ 6,00